

LA CONVERSACION

Periódico de ciencias, literatura y artes.

Se publica un número cada domingo, y el precio de suscripción es cuatro reales por mes en Madrid y quince reales trimestre en provincias.—La Redacción y Administración, á donde se dirijirán los pedidos y reclamaciones, está situada en la calle del Arenal, 7, 2.º derecha.

NATURALEZA DEL DERECHO.

SUS TENDENCIAS.

V.

Ora hayan consultado los legisladores la pura razon propia, ora la creacion, ascencimiento y caida de los imperios en sus leyes y en su historia, ora la filosofia y ora las costumbres y fenómenos sociales de toda especie, *sin exceptuar uno solo*; ¿qué han hecho, ó qué han debido hacer sino buscar en la naturaleza de nuestra existencia la naturaleza del derecho? Cuando han buscado, cuando buscan reglas de igualdad, ¿qué han hecho, qué hacen sino reconocer que no hay otras fuentes de justicia sino las que siempre están manando de nuestras propias meditaciones? Cuando se esmeran en señalar penas *adecuadas* á los delitos, ¿qué hacen sino reconocer que *deben* serlo? Cuando declaran que es *absolutamente* buena una accion y que es *absolutamente* mala, ¿qué hacen sino reconocer que hay un *tipo absoluto*, mas ó menos conocido, dentro del sagrario de la naturaleza humana? Cuando establecen formas para que se respeten los derechos y santifiquen los deberes, ¿qué hacen sino declarar que la naturaleza es el tipo eterno á que se van refiriendo las leyes positivas? Cuando consagran privilegios (y todos son odiosos) comprendiendo como comprenden que son ilegítimos, repugnantes y maléficós, ¿qué hacen, al procurar cohesionarlos, ya con miras políticas y ya con la invocacion de testos sagrados que se profanan, sino manifestar que los ciega el orgullo, que los trastorna la lisonja, que obtemperan á las circunstancias, ó que consultan las combinaciones artísticas prescindiendo del verdadero modelo de las leyes, que se dejan guiar por la precaucion ó que van pasando por grados de un estado transitorio al gran *desideratum*, traslaciéndose en lo mismo que establecen por privilegio, que solo es recto lo que consignan por declaraciones generales? Cuando invocan el sacrificio al bien del mayor número, cuando acuden al testimonio de

los siglos, y cuando de todas suertes buscan la obediencia por la persuasion ó por la fuerza del ejemplo, siquiera este sea tremendo muchas veces, ¿qué hacen sino decir, con formas mas ó menos disfrazadas, que la razon de autoridad debe rendir sus pobres armas ante la autoridad de la razon?

En efecto: nuestra razon, nuestra libertad, nuestro criterio, nuestra conciencia como tribunal, nuestra conciencia como entendimiento lo son todo. Pero cuenta que hablo de la razon derecha, de la libertad verdadera, del criterio cierto, de nuestra conciencia sana. La condicion necesaria impuesta por el deber á todo legislador, la máxima profunda de que la legitimidad permanente de su autoridad depende del cumplimiento de esa condicion, hablan mas alto que todos los discursos. El *consensus omnium gentium*, el *consensus populi*, que todos invocan, príncipes, magnates y ciudadanos, segun las circunstancias, el *si vobis omnibus placet*, que tanto enseña, la emision del sufragio en las asambleas públicas y en las juntas particulares, la expresion de la conciencia propia en los juicios por jurados, y otros medios multiplicados y diversos, algunos de ellos indicados antes, pero todos convergentes, demuestran *donde nace el derecho* para el hombre, cuáles son las leyes de su naturaleza y cuáles son los únicos medios de procurar y alcanzar la felicidad de las naciones, sin mutilaciones miserables y sin privilegios, y sin sacrificios ni sabor alguno de feudalismo.

Si yo supiera el *cuando* del término de mi *presente* vida, gustoso sacrificaría algunos años en cambio de la *libertad* con que me fuera dado consignar *todos* mis pensamientos acerca del conjunto de las ciencias y de sus derivaciones principales, atendida la naturaleza de nuestro ser, atendida su esencia, atendidos sus atributos, considerando su objeto, y contemplados sus fines, para manifestar la armonia de numerosos elementos, al parecer opuestos y enemigos, para restablecer creencias abandonadas ó tibias, para dar realce y calor, fuerza y virtud activa y pe-

renne á las inspiraciones entumecidas, y para legar el evangelio de la razon pura á las conciencias disidentes, si es que pudiera caber á la mia tanta dicha. El solo intentarlo seria á los ojos de la Humanidad un merecimiento no vulgar y tras de mi vendria quien mas rico de luz, sino mas lleno de esperanza y de fé, perfilase y perfeccionase mis tanteos, midiese mejor las distancias, percibiese con mayor acierto la trazazon de las ideas, descubriese en ellas mas profundas, ocultas y naturales relaciones, y señalase mejor la esencia y los contornos de ese derecho *único y eterno* que, á despecho de tantos experimentos, sistemas, códigos y sectas religiosas y profanas, ha sido, es y será siempre el mismo en ambos hemisferios, cualesquiera que sean sus revoluciones políticas y sociales, cualquiera que sea la soberbia de los fuertes, cualquiera que sea la paciencia de los débiles, cualquiera que sea la aparente fortuna de los poderosos, cualesquiera que sean la mansedumbre y la miseria de los humildes; cualesquiera que sean el poder de las riquezas, la tiranía de la moda, las alharacas del *dudar*, las blasfemias de la *perpétua negacion*, y los triunfos, por ventura pasajeros y efimeros, de *esas pestilentes demencias* que traen oprimido el mundo con triste y larguísima cosecha de escándalos y horrores.

Pero ¿qué digo? ¿Adonde me lleva la vanidad? ¿Qué sentimiento de indisculpable orgullo pone estraña y peregrina alucinacion en mis sentidos y en aquel sentido interno, cuya ley verdadera debe siempre avasallar necias potencias? Mi vida nada importa. Del Sol de la eternidad, de ese sol, que es superior á todos los soles, porque es la luz misma, manarán siempre esos purísimos, diáfanos y esplendorosos raudales de verdad, de justicia, de virtud, de amor, de fraternidad y caridad universal, que con tanta benignidad y dulzura bañan las chozas de los pobres, como las erguidas torres de los régios alcázares y las portentosas cúpulas de los templos de mas levantada nombradía. La Humanidad existe porque ha existido, existirá porque existe, y ha existido, existe y existirá porque segun los *designios eternos*, sucesivamente revelados en el espacio y el tiempo, en la creacion del Universo, y la cerrada y entretegida corona de la creacion final que conocemos, es una incesante y perpétua manifestacion del *ser divino*. La Humanidad tiene una filosofia *suya*, una historia *suya*, y un porvenir *suyo*, porque tiene existencia verdaderamente *suya*; y cuando

no pueda estudiarse y comprenderse bien en las perturbadas horas de lo presente, sin dejar de ser quien es, irá á estudiarse y á comprenderse mejor en las tranquilas y serenas horas de lo pasado, para juntar á los presentimientos de lo venidero aquellas enseñanzas antiguas que al parecer se borraron, aquellas ideas cardinales que al parecer murieron, y aquellas (llamémoslas así) *piedras miliarias* que en los vastos campos de la inteligencia humana ha ido y va levantando la sabiduría y conservando la providencia de los pueblos; esa providencia casi divina, esa sabiduría *real y presencialmente celestial*, que va degradando las crestas de los montes y elevando hasta los cielos la voz y el *cesped de los valles*.

No, no; mi vida nada importa; pero como se debe toda entera al bien, al sumo bien del género; ó si se quiere de la especie á que por un don de la voluntad suprema corresponde, es *venturosamente forzoso*, es *libremente necesario* que á fin tan alto se consagre, aunque no añada una sola hoja al árbol de la virtud y de la ciencia.

Y no se recoja, ni se frunza el ceño á la vista de una antítesis, no me dirijo á la filosofia pequeña de fenómenos subalternos, mal observados; sino que me encamino siempre á la filosofia *universal, integral y verdadera*. No soy yo el primero á quien haya cabido la gloria de adivinar, que la *necesidad moral* es la mas poderosa de nuestras libertades; y por otra parte, despues de pagar á Platon el tributo que se debe á un regenerador tan escelso, tambien admiro la profunda verdad con que sentenciosamente habló el gran Séneca, diciendo: *Nunquam magis quam in minimis tota miranda est natura*, máxima sublime que nunca se deberian olvidar como tantas otras esparcidas en los libros y fuera de ellos, que los *ontologistas* deberian apreciar en sus obras, demasiado vagas alguna vez, que los sistemas *complementarios y complejos* deberian meditar sin vanagloria, y que la *Teodicea* deberia comprender sin abuso, retrogradacion ni miseria, en sus tremendas y maravillosas abstracciones.

No, no; mi vida nada importa; y naturalmente podria suceder que los sacerdotes de la Humanidad al poner los ojos en su historia pasasen al lado de la mia, sin advertirla; porque supiesen ó adivinasen que no podia haber en ella una sola idea grande, un solo pensamiento nuevo, una sola inspiracion propia, una sola palabra de aventajada certidumbre.

Mas yo creo, aunque quizás con harto error; yo me complazco en creer, evidentemente sin la fuerza intrínseca del genio, pero sin duda con cierto anhelo perseverante; presagio de una idea que no me atrevo á nombrar, que *algo de alguna revelacion moral*, vendria á sobrenadar en el océano de las confusiones de mi espíritu, que *algo puro* quedaría en el crisol de mi vida íntima y que algun dogma, alguna sentencia, alguna forma, algun principio, alguna doctrina consoladora y santa llegaría á tomar sosegado asiento en mi alma, y á desprenderse natural y científicamente de mis lábios, si libre de otros afanes y cuidados, sobremanera esterilizantes y matadores, exento de mortíferas y férreas ligaduras inventadas en el taller y fraguadas en la fragua de todos los tormentos, y entregado solamente á Dios, á la naturaleza y á mí mismo, pudiese pensar sin temores en mi propio pensamiento, ponerle en abierta relacion con los pensamientos sociales, y considerando la sociedad entera, considerar tambien con absoluta seguridad é independencia cuanto se está contemplando como un mundo inaccesible.

A fuerza de buscar la verdad, alguna vez me saludaría la inspiracion. Mas cerca del umbral de una cabaña que de las gradas de un sòlio, respiraría, discurriría, pensaría, escribiría con plenitud de libertad y con abundancia de espíritu fecundando y vistiendo con frescas y naturales galas mis ideas, y me asemejaría de esa suerte con ella al advenimiento de la primavera que despues de largo tiempo aprisionada rompe los yelos con que la encadena el invierno y brota, coronada de flores y de frutos ópimos, con toda la lozanía y magestad con que el cielo, el sol y la naturaleza la animan y decoran.

Allí... allí... Mas, ¿á qué lanzarme con la imaginacion á donde quiere el deseo, si vivo lejos; ¡ay! tan lejos de los risueños y dulces campos de mi ventura, que con ser soñados existen; solo que para mí apenas tienen hoy otra existencia que la de la historia? Sigamos entre la sombras de la ciudad la tarea emprendida acerca de *naturaleza del derecho y sus tendencias*; que al menos, si no todo lo que sienta, diré todo lo que pueda segun los breves instantes, de que rara vez me es lícito disponer, lo permitieren.

Ante la bien conocida espresion, *nihil est novum sub sole*, que inmediatamente recuerda aquella otra sentencia aristotélica, *nihil est dictum, quin dictum sit prius*, la cual por mas concreta es menos defendible que la otra, cuyo espíritu parece ser el mismo, arrédranse con fre-

cuencia esas almas perezosas y estadizas que se han entregado quizá sin saberlo, á la peor de las escuelas, ó se han bastardeado en presencia de dolorosos ejemplos, mostrados á su mente como leyes generales, ó se han fatigado de sentir y de pensar no bien traspuesto el umbral de la existencia; negando miseros ó nécios el grande, benéfico y sublime dogma de la *perfectibilidad humana*. ¿Quiénes son esos hombres de *almas durmientes* para elevarse, como inteligencias puras, hasta donde no alcanza la vista oculta de la ilustracion íntima, si no llevada en las eléctricas alas del sentimiento religioso?

Advertid el énfasis de esas palabras, y sin dejar de reconocer la verdad fundamental que encierran, porque nada hay nuevo para Dios bajo el sol ni sobre el sol, y porque todos los rudimentos del órden, del bien, del saber y del progreso fueron divinamente inspirados á la criatura racional con la primera brisa que descendió á formarla, no olvideis por lo mas sagrado y hermoso de vuestro espíritu que si alguna voz imperativa ó seductora sale al encañero de vuestras meditaciones para deciros en nombre de la filosofia: „*nihil est dictum, quin dictum sit prius*“ ó en nombre de la poesía defraudada „*nihil est novum sub sole*, ó en nombre de la licencia impostora otras palabras y sentencias que no deben arrancarse de su region augusta, esa voz no es ni puede ser de la sabiduría y la justicia providencial, ni la voz de la naturaleza y el derecho, ni la voz siempre sonora, creciente, expansiva y reveladora de la Humanidad, si no esotra voz fatídica y siniestra que va predicando la *eternidad* del mal la *legitimidad* de la servidumbre y la *honestidad* del perpétuo sufrimiento; esotra voz tétrica, horrenda y espantosa que va queriendo inocular en las entrañas morales del mundo la corrosiva ponzoña del *fatalismo de la mentira*, evocando al pié de la tumba de los siglos un fantasma que fué, pudo y debió de ser lo que antes plugo al terror, á la autoridad ó á la ignorancia de los tiempos, y que ahora no es mas que una sombra desvanecida que está acabando de caer en el inmenso océano de la *luz inteligente*, la cual no es patrimonio de casta alguna, porque constituye universalmente irradiada la herencia pura, la dote esencialmente del hombre en el vastísimo templo de su morada.

Miremos atentamente en torno nuestro, consideremos las fuerzas naturales puestas en accion por el genio de la ciencia, midamos la distancia que nos separa de la rudeza, confesando

declarando, no obstante, que antes de ella y en ella misma brillaba mas ó menos encubierto *todo resplandor elemental*, y decidamos ahora, como siempre, *por nosotros mismos*; de antemano seguros de la certidumbre, de la evidencia de *nuestra afirmacion*, única posible y legitima, porque es humana, siempre que la razon serena y sazónada la dictare. Solo de Dios fué y es y será la *consumacion*; porque solo él es desde la eternidad la eternidad infinita y perfecta, como que en la eternidad no cabe imperfeccion ni término ninguno.

Pero al hombre, precisamente porque es criatura infinita, al menos como individuo, pertenece la perfeccion sucesiva, la perfeccion continua, la perfeccion incesante; no la perfeccion infinita, sino la perfeccion que se ha llamado *indefinible ó indefinida*, á falta de otro epíteto mejor, puesto que su ley, su mas noble y generoso afán, su objeto, su fin *necesario* ha sido, es y será siempre perfeccionarse eternamente.

Si quisiéramos hablar con áspero y desabrido rigor, diríamos al instante: *el hombre nada crea*; pero añadiríamos en seguida con verdad el hombre *descubre*, el hombre *inventa* (á *inventire*), el hombre *encuentra ó halla* de cuando en cuando principios, métodos, procedimientos, enlaces, relaciones y leyes que le parecen primitivas y constantes, y que sin duda lo son para él, salva siempre la omnipotencia, puesto que se realizan en el movimiento universal y se demuestran y se ejecutan y se cumplen no solo en los dominios de todas las ciencias positivas, sino tambien en la misteriosa y esclarecida region de la inteligencia unitaria y colectiva.

Hé aquí por qué no solo al principio y al fin de cada evolucion intelectual ó social, sino tambien dentro de las series de cada evolucion y dentro de los elementos ó términos de cada serie puede en cierto modo y siempre con cierta relacion y con cierta dependencia histórica y científica esclamar siempre el progresivo espíritu humano, á la manera del célebre y malogrado Camóens:

“Cesse tudo ó que a Musa antiga canta:
“que outro valor mais alto se alevanta.”

(Se continuará.)

Juan Bautista Alonso.

APUNTES HISTORICOS.

Los Amantes de Teruel.

“Llegó el día, y las gentes conocieron que era el joven Marcilla cubierto el rostro y su montante al lado. Supo su padre la lastimosa tragedia, levantóse de la cama y sale á la ventana, y vé á su hijo rodeado de amigos y deudos, llorando todos el desgraciado acaecimiento, jurando el vengar tan gran maldad. Llegó su padre, y sin poderlo estorbar, se arrojó sobre el difunto, bañándole con lágrimas el rostro, y le dice: ¡Miserable de mí! ¿Después de haber sufrido tanta ausencia, y con ella á cada paso mil disgustos, me dan por consuelo tu muerte? Al punto me muera yo, pues en el mismo que cobro el bien, le pierdo en un instante.

“Aparéjame lugar en tu sepulcro, pues ya mi vida sin la tuya es muerte. Y estando abrazado con él, á ambos juntos los meten en casa, y al difunto meten armado de punta en blanco en un féretro.

“Acudieron los amigos y deudos como tambien la justicia: Azagra, tambien, disimulado: todos le dan el pésame y lo consuelan con razones cristianas, las que suelen darse en semejantes lances; y así determinaron hacerle las exequias y darle sepultura, y por su alma mil sufragios. Comenzaron á tañer lamentablemente las campanas, y al otro día cuatro capitanes llevaban en hombros el cuerpo de Marcilla, porque Teruel entonces era plaza de armas en la empresa que el rey Don Jayme quería hacer contra los moros de Valencia, y habia diez banderas de soldados. Suena el ruido y los lloros de mugeres y de toda la ciudad por las calles, por la pérdida de Marcilla: llegó la parroquia de San Pedro con todos sus eclesiásticos y con los de las demás parroquias y todos los religiosos á la casa del difunto. Caminaba la vanguardia, iban los soldados siguiendo en orden de batalla, acompañaban con hachas todos los oficiales al difunto; detrás de él los capaces, las gramullas de todos los deudos y amigos: iban de retaguardia las mugeres, cuyos suspiros lastimosos y tristes movian á ternura. Como la casa estaba tan próxima á la de Segura, esta oyó el lamentoso canto del entierro y los suspiros y lloros desde su retrete, y á una dueña que estaba con ella la dice al descuido: amiga, si os parece, subiremos á ver este entierro; al punto suben á la rexa mas alta, y luego que vió al difunto metido en unas andas se pasmó, cubriéndole

„un sudor el cuerpo; desnudóse de todas sus galas, y se vistió de un mongil de bayeta, y sin peynarse el cabello baxó muy apresurada, y afligida á la calle, y se metió en medio de las mugeres.

„Iba considerando muy lastimada el trágico suceso y que ella habia sido causa por negar un ósculo á quien hubiera dado por ella dos mil vidas: fulmina contra sí un proceso, haciéndose reo, fiscal y juez, fórmase el cargo, sin descargo se halla, pronuncia la sentencia contra sí diciendo: que merece muerte quien mató al que debe la vida: acepta la sentencia, y no apela: afuera, dice, fama, que mas quiero tenerla de liviana que de ingrata: no viviré yo, mas porque á tu ejemplo quiero morir, esposo, que ese nombre mereces tú mejor que el segundo: para mí ni quiero mas bien ni mas mundo: la fé que me tuviste la considero por firme hasta la muerte; y esa quiero con otra igual pagarte, y que la fama nos dé á los dos un exemplo y un sepulcro, y la historia de este amor se inmortalice. Espera, Marcilla, mientras pueda llegar á darte lo que te negué ingrata, y muerte á mí despues, porque si soga y puñal faltan, basta solo el dolor para darme dura muerte. No me detengo un punto, al punto parto contigo, me verás antes de una hora; dicha grande tendré si nuestros cuerpos una losa los cubre, pues las almas ardieron de un amor cándido y casto.

„La procesion con el cuerpo llegaron á la parroquial de San Pedro: estaba en la mitad de la iglesia un mausoleo todo enlutado, con grandes pedestales, grandes basas, columnas y chapiteles, todo cubierto de muchas hachas y varios despojos de banderas y estandartes. Meten el cuerpo sobre un grande túmulo, y empezando el oficio, Segura muy cubierta se llegó á donde estaba el féretro, y dice con ardientísimos suspiros: ¿Es posible que estando tú muerto tenga yo vida? No tengas de mi fé duda que pueda vivir un solo punto; perdona mi tardanza, que al instante contigo me tendrás. Descubrióle la cara, escovijósela, y le dió un beso tan fuerte, que se oyó en toda la iglesia, y con un ¡ay! faltóle el aliento en un instante, y la parca puso en sus ojos un sello.

„Quando el reverendo clero el Inexito comienzo, quieren dar sepultura al muerto; pensando que era deuda ó que era hermana, van á apartarla, pero no se mueve: insisten otra vez y se está firme; y como si fuera losa que cubriera el cuerpo así estaba inmóvil: tercera

vez la llaman, y no responde; el manto le descubren de la cara, y ven que era Segura y que su boca tenia junta con la del muerto y tambien las manos, y esta difunta. ¡Oh muerte sin respeto! Mirad en lo que paran la gentileza y la hermosura, fuerzas, riquezas é hinchazon, pues un soplo lo acaba todo.

„Espantáronse todos los del templo lastimados del caso, no saben á qué fin vino Segura, de liviana la notan; pero Azagra, aunque la pierde, procura quitar toda sospecha, y estando el dolor, levantó la voz, y en breve á todos contó el funesto caso. Quedaron como absortos sin sentido, sin poder resolver en este lance; mas un viejo pariente de Marcilla, de mucha autoridad, al que tenian sus razones por oráculo, en voz clara dixo: Supuesto que es verdad cierta que Marcilla y Segura desde niños se tuvieron un entrañable amor, y que en su ausencia larga han pasado los dos una pena y un tormento, y que ambos juntos han padecido un género de muerte, y supuesto tambien que se ligaron los dos con palabra y juramento de esposos primero que Azagra, será razon que se entierren los dos juntos en un sepulcro. El cual parecer fué aprobado de los dos padres de Marcilla y Segura, del Justicia y regimiento. Azagra consintió y así se hizo, y en un sepulcro de alabastro metieron juntos á los dos amantes, los mas firmes y leales, y pusieron en él mil epitafios.

„En la copia de esta relacion testificada por dos notarios, que existe en el mencionado archivo de San Pedro de Ternel, se añade: que se presentó en 13 de abril de 1619, al tiempo de reconocerse dos caxones que contenian los cuerpos de los dos amantes desde el año 1335, y que descubrieron entonces dos clérigos de la misma iglesia que la poseian.

(Se continuará.)

Meliton Atienza y Sirvent.

EL LIBRERO AMBULANTE.

Al leer *Los Españoles pintados por sí mismos* me estrañó estraordinariamente no encontrar entre tantos artículos uno dedicado al librero.

Me pareció, como digo, esta falta muy estraña, y no supe á qué achacarla sino á un olvido, olvido que taché desde luego de ingratitud imperdonable, pues ¡quién mas acreedor que el librero á un artículo, siendo como es la trompeta de la

fama del escritor público! ¡¡Pobre librerol! ¡¡entre tantas dignas plumas como escribieron los citados artículos ninguno se acordó de tí! Pero no temas, que aquí estoy yo, que sé escribir y que tengo pluma, aunque humilde y mala, pues figúrate que carece de barbas, que tiene solamente un dedo de cañon, que formá un total de altura de cuatro dedos y que me es necesario para poder escribir con ella con alguna comodidad ponerla por montera un lapicero de dibujo. Sin embargo, creo que será suficiente para escribir tu artículo y quizás algun otro todavía.

Es probable que no agradezcas mi mucha oficiosidad y buena intencion al acordarme de tí para procurar diseñarte, pues dirás que lo hago demasiado tarde y que no puedes verte colocado, por mas español que seas, entre los demás españoles, con tu retratito á la cabecera y quizás como tú aspiráras en medio de la Cigarrera y la Coqueta, ó el Ama de Cria y la Actriz, ó la Maja y la Mujer de Mundo, etc., etc., etc.

Pero, amigo mio, sé filósofo y acuérdate del célebre y sabido refran, "mas vale tarde que nunca;" y de aquel otro ni menos sabido ni menos célebre, aunque sí mas prosaico, "cuando no tengo lomo, tocino como."

Esto sentado, empiezo.

El librero... pero apartemos antes estos libros para poder escribir con mas desahogo... Obras de Quevedo, je, je, Quevedo, échate á un lado, mi buen amigo; Procedimientos judiciales, libro de estudio, aparta pálida sombra, ya te hojearé mas tarde; L' Hermite de la Guiane ou observations sur les moeurs et les usages Francais au commencement du XIX.^e siecle par M. de Jouy... ¡hombre! ¿si dirá algo de tí, señor? ¡vamos á verlo!

Efectivamente, *Les Libraires*... espera un rato y perdona; voy á leerle y veré cómo te trata... ¡bien, muy bien! y tan bien está, que estoy tentado á decir lo siguiente:

"Tratando de hacer un artículo sobre el librero, y habiendo leído antes uno sobre este mismo asunto de M. Jouy;

"Considerando que el susodicho artículo está muy bien escrito:

"Considerando que reúne todas las circunstancias indispensables para ser un artículo de mucho mérito:

"Considerando que por mucho que yo me afane no haré otro tan perfecto:

"Considerando además que estoy de acuerdo con el citado M. Jouy en todo cuanto dice, sin discordar de él ni una línea, punto ni coma;

"Y considerando, en fin, y volviendo á considerar todo lo anterior, invito á mis lectores á que le lean y que me le claven en la frente si despues de haberle leído no quedan tan completamente satisfechos como yo he quedado."

Pero observo que el ya citado y recitado M. Jouy no habla mas que del librero que tiene librería y del librero que tiene cajon, y no dice nada del librero que, aunque no tiene librería ni cajon, no por eso es menos librero que estos, pues vende libros como ellos.

Creo que conocerás, amigo, sin que yo te lo indique, que me refiero al librero ambulante, es decir, al librero que lleva todo su ajuar, su almacén, su hacienda y su porvenir debajo del brazo.

Y me alegro mucho de esta omision del eterno M. Jouy, porque así cumplo mi propósito (sin tocar á nada de lo que él ha dicho) de hablar sobre el librero, pues digo y repito que considero al librero de que voy á hablarte tan librero como todos los demás libreros del mundo.

Y además me conviene bajo otro punto de vista tratar de él, pues como soy asiduo concurrente al café, que es su campo de batalla ó su teatro, le conozco mucho; lo cual á fé mia no me sucede con el otro, con quien no he tenido el honor de estar jamás relacionado, aunque hablando modestamente debiera decir que es él quien no ha tenido jamás el honor de estar en relaciones conmigo.

Y así, sin andarme ya en mas divagaciones ni preámbulos, teruego, querido lector, que vengas conmigo, si quieres conocer al ciudadano de que voy á ocuparme, á cualquier café de este populoso Madrid...

¿Al de la E?... Bien, ¡á tu capricho! él los recorre todos en una noche.

—No puedes entrar.

—¡Pero hombre! sí,...

—¡Largo!

—¡Pero qué daño!..

—No tengo que dar cuentas; el amo nos ha dicho: no dejéis entrar á ninguno que venda, ya sean fósforos, gemelos, pastillas, lendreras, batidores, libros, perfumes, cédulas de loterías, figuras de movimiento ó pajaritos de la China; con que ya estás tomando las de Villadiego.

—¡Que no dejen á un infeliz ganarse el sustento honradamente!

—Largo.

¿No te dije, querido lector, que habrás de conocer al librero ambulante en el café? El es el que ha sostenido con el mozo la polémica que

acabas de escuchar y que no debe estrañarte por que es negocio de todos los momentos.

En nuestro protagonista es donde fracasa el refran "quien es tu enemigo? el de tu oficio;" y no porque no tenga enemigos entre los de su clase, pues los tendrá; pero su mas principal, su mas terrible, su mas formidable enemigo es el mozo del café, quien le tiene declarada, abierta y continúa guerra en la cual el mozo juega el papel de opresor, y tiene de su parte la fuerza; y el librero el de oprimido, emplea la resistencia pasiva, la astucia para contrarrestar en todo lo posible esta fuerza, no ejecutar lo que se le manda y salir adelante con sus intentos.

Y en prueba de esto ¿crees tú que él ha cedido el campo á su enemigo porque le has visto irse ayudado de un empujon que le ha dado este con la puerta? Te equivocas; esa marcha es una retirada falsa; estoy seguro que está atisbando detrás de la puerta para aprovecharse de cualquiera ausencia que haga su adversario ó cualquiera descuido que tenga, lo cual es muy fácil; pues generalmente el que manda, confiado en el derecho que él cree le asiste, y tambien (y mas principalmente) en la fuerza, unas veces se duerme, otras olvida lo que tiene que hacer y otras tiene que atender á muchas partes á un tiempo, por lo cual se debilita su vijilancia en algunas.

Esto último le sucede ahora al mozo, que vá al mostrador por un barquillo relleno que le ha pedido esta señorita inmediata á nosotros, y tiene que dejar desamparado el terreno.

Y mira á nuestro ambulante agarrando la ocasion por los cabellos, abrir la puerta, mirar á uno y otro lado y á paso de lobo internarse en la sala y presentar sus libros en las primeras mesas que encuentra.

Obsérvale bien; tiene diez y ocho ó diez y nueve años, trae un chaqueton largo de punto, pero tan largo que le tapa los bolsillos del pantalon, con remiendos de veludillo en los codos; un pantalon que á manera de la filosofia eclética, que escoje de aquí y de allí lo que cree mas aceptable, está compuesto de seis ó siete piezas de diferentes telas, tamaño y colores; unos zapatos que como buen observador de las reglas de higiene lleva abiertos por algunas partes para ayudar á la tráspiracion de los piés; una mala gorra encasquetada hasta los ojos, y finalmente veinte ó treinta libros bien atados con una cuerda bajo del brazo izquierdo y dos ó tres en la mano derecha que presenta como muestra.

Y por mucho que le mires no le verás mas,

pues lleva cuidadosamente abrochado el chaqueton hasta el cuello y te hace quedar en duda si traerá ó no chaleco y camisa; pero no te apures por él porque así venga, pues es seguro sentirá menos el frio que tú, aunque llevas constantemente dos pantalones, chaleco, levita, gaban, tapabocas y una inmensa capa.

Pero he aquí que le llaman de aquella mesa; él acude con ligereza, quita la cuerda á sus libros y presenta su mercancía encaramándola hasta las nubes. Oidle.

—Caballero, este es Lan Dislandia de Mitorugo, cosa muy buena, la mejor de su autor.

—¿Como la mejor? ¿qué sabes tú, imbécil? las tiene muchísimo mejores.

—¡Ca! no, señor; si V. viera esta, figúrese V. que Lan es un enano dinforme que una vez....

—Vete al diablo con tus bestiales alabanzas, ¿qué mas traes?

—La Química Orgánica.

—Estoy harto de Química, no hay ninguno de vosotros que no la lleve.

—Porque es muy buena.

—Bien, bien, sigue.

—Paquillo Aliaga, de Escribe; esta si que es.... euando los moros estaban en España....

—¿Quieres seguir?

—El Siglo Pintoresco.

—Le tengo.

—Cartas de Madama?.... á Monsieur S.... por P.R.S.

—Desconfio de toda obra que no tiene padre conocido; pero como no tengo nada que leer esta noche, si me la das barata te la tomo.

—Veinte reales.

—¿Sabes lo que dices, muchacho? pedir veinte reales por una obra no conocida, así como tampoco su autor, pequeña, de mala impresion y sin grabados! ¿estás loco?

—Pero es muy buena.

—¿Qué entiendes tú de su bondad ó maldad? cuatro reales te doy.

—Por ese precio tomaría yo muchas. Hace un rato un caballero que me compra muchos libros, me daba diez reales por ella y no quise dársela; con que ¡ya vé Vd!

—Pues te aconsejo que se la lleves; que te la paga muy bien.

—¿Me da V. doce reales?

—Lo que he dicho.

—¿Diez?

—No.

—¿Ocho?

—¡No te canses! no te doy mas que los cuatro.

—Vamos, señorito, ya me dará Vd. un real mas, que soy un pobre y me hace mas falta que á Vd., y se la doy á Vd. tan barata por estreñarme esta noche.

—No debia tomártela por haber tratado de engañarme pidiéndome tanto.

—¡Ya vé Vd. es nuestro modo de vivir!..

¿Has oído, lector, la conversación que ha tenido lugar en esa mesa? pues la misma poco mas ó menos tiene lugar en todas y esto dura hasta que el mozo (que an la atisbando á nuestro héroe.) le vé cuando le despachan de alguna, pues mientras está ocupado es como si estuviera en sagrado, y le arroja á empellones, prometiéndole romperle los hocicos si le vuelve á ver.

Pero el que acabas de ver ahora es el librero ambulante en bruto, grosero, estúpido, que muchas veces no sabe leer, y quizás no es dueño de los libros que lleva, los cuales pertenecen á algun hermano suyo que empezó el oficio como él, pero que á fuerza de años, de trabajos y de privaciones ha conseguido reunir unos cuantos centenares de ellos y colocarlos en un estante en cualquiera esquinala ó rinconada de alguna callejuela.

En esta tienda portátil pasa todo el dia vendiendo su mercancia, y leyendo por no tener que hacer otra cosa, ha adquirido cierta instruccion y sabe, por ejemplo, que Alejandro Dumas es francés, Fenimore Cooper americano y Fernandez Gonzalez español; no ignora que Calderon de la Barca es un poeta dramático del siglo XVII, que Cervantes ha escrito el Quijote y Ercilla la Araucana; en suma, se ha pulimentado todo lo posible, y puede recibir el nombre de "el ambulante pulimentado."

Este tal tiene veinte y siete ó veinte y ocho años, gasta un traje dotado de cierta elegancia respectiva; pues trae borceguetes, calesera, faja, chaleco de pana, sombrero calañés y camisa de color con botones de similar en el cuello.

Y aunque tiene puesto, como ves, por ganar mas y seguir la costumbre viene todavía por las noches al café, donde entra al contrario del otro, sin oposicion del mozo pues como de mas edad y experiencia, es mas astuto y ha tenido la prevision de pedir permiso al amo del establecimiento para vender sus libros; ó bien se ha hecho amigo del mozo, tomando café alguna noche que otra á última hora y dándole dos cuartos de propina; ú obsequiándole con algun cigarrillo de papel, ó por ultimo si ha visto en él aficion á la

lectura de novelas, le deja para leer las mejores que tiene segun la opinion de ambos, y estas suelen ser las que llevan títulos estravagantes y aterradores, como la Monja Sangrienta, Escenas de Sangre en un Subterráneo, Los Muertos de la Selva Negra, El Quejido de la Montaña. etc.

Además de vender sus libros compra tambien todos los que se presentan, y principalmente si son de los que tienen los estudiantes señalados de testó.

Tambien proporciona á los Cafés música barata que alguno le ha vendido por la décima parte de su valor.

Hace en fin cambio de obras á estilo de gitano, y á su imitacion ha de recibir siempre dinero encima.

Para concluir, él se vale de todos los medios que están á su alcance para adquirir poco á poco algun caudal y poner libreria, lo cual encuentro muy posible; pues en este mundo (y no sé si en el otro pasará lo mismo) de ingenio y suerte se consiguen imposibles, y otros con menos elementos que él hacen en poco tiempo brillante carrera.

Tambien si le dá la tentacion (pues no ha hecho voto de castidad) se casa; y es muy verosímil que se encuentre á los 5 ó 6 años con 3 ó 4 hijos que le ayuden á comer lo que gane y á quienes él dedica siendo mayores á su mismo oficio ó bien á otra cualquiera profesion menuda pero lucrativa.

En resumen y por conclusion saco de todo lo dicho la consecuencia de que mi protagonista es un ciudadano que así como tú te ganas la vida abogando, recetando ó dando cintarazos, se gana él la suya vendiendo libros, medio tan honrado como cualquier otro; por mas que algunos digan que es un sacrilegio, una abominacion, una vergüenza, y qué sé yo que mas, ver á hombres groseros, estúpidos, profanar la literatura y la lengua castellana, y sin saber apenas pronunciar sus nombres, poner al mismo nivel á Cañizares, á Alarcon y á Aguilar, á Lope de Vega y á Guevara.

Yo contesto á los que tal dicen, que aunque esto es efectivamente sensible, puede dispensarseles en gracia de que muchos con menos escusa que ellos dicen tantos ó mas disparates; y en fin añado que no le haga gasto alguno quien piense de este modo.

José Ramos Calleja.

HISTORIA MUY VERÍDICA DEL TERRIBLE

QUIEBRA-MIEMBROS

Y DE LA LINDA CLAVELLINA.

CUENTO.

III.

Verdad es que el caballero que ahora le hablaba era hermoso en medio de su aparente rudeza, su semblante tenía un sello noble y todo él respiraba gallardía, soltura y varonil esfuerzo, y luego cuando Clavellina alzó los ojos para mirarle ¡tenía él fijos los suyos en ella con una intensidad tan honda y tan marcada!

Es cierto que Clavellina estaba muy linda.

Su cara encendida como una escarlata, sus ojos velados por pestañas de seda, sus cabellos recojidos con negligencia en gruesas trenzas, su seno blanco y terso, que ondulaba con el movimiento de la respiración descubriendo al bajarse el principio de unos hombros de marfil torneado, su cintura redonda como un junco, toda ella en fin presentaba un conjunto tan hermoso, inocente y lleno de gracia, que atraía involuntariamente las miradas que tropezaban en ella.

El caballero la preguntó su nombre, después la preguntó por su familia, por un sin número de cosas; luego cuando estas preguntitas, así como las respuestas de Clavellina, fueron borrando el embarazo que existe siempre entre dos personas que se hablan por vez primera, la conversación tomó insensiblemente un carácter más amistoso, más familiar.

El tiempo comenzó á trascurrir ligero y una hora pasó.

¿Quién podrá decir las sensaciones que en aquella hora experimentó el alma de Clavellina?

Nadie seguramente, porque hay cosas que la palabra no puede nunca explicar.

Tú el que lees estos pobres renglones, bien seas hombre ó mujer, joven ó viejo, ¿puedes darte cuenta de lo que por ti pasó la primer vez que al lado de una persona empezaste á sentir esos latidos sordos y violentos en el corazón, ese fuego en el pecho, esa yaguedad en las ideas, esa turbación en el alma y en el semblante, esa embriaguez principio de una pasión aun naciente y ya poderosa, aun niña y ya gigante, apenas sentida y que ya forma una parte necesaria de tu existencia?

Pasada una hora, el caballero se despidió de Clavellina, la besó la mano, montó y desapareció.

Clavellina arrojó un grito al sentir el fuego de unos labios de hombre en su mano, sintió un dolor cuando vió al caballero desaparecer en la selva vecina, lanzó un suspiro al verse sola y volvió melancólica al pueblo sin acordarse de cantar y presa de una agitación grata y amarga á la vez.

Ahora ¿quiere saber el lector el nombre del caballero que así había trastornado el alma sencilla de nuestra linda Clavellina?

Era el rey Quiebra-miembros.

Dominado por su carácter fogoso, ya que no guerreaba, se dedicaba con ardor al violento ejercicio de la caza.

En una de estas expediciones, arrastrado por su ardor en la persecución de una cierva, se había separado de sus servidores y tropezó con Clavellina.

El carácter de Quiebra-miembros era, á pesar de su bondad, selvático y violento. La conmoción que había experimentado al oír el canto de nuestra amiga, era un relámpago de su sensibilidad íntima que rompía la corteza formada por la costumbre, por un género de vida libre y por un genio despótico.

Así es que al penetrar en la selva donde Clavellina le perdió de vista, se volvió, la miró y dijo:

—Ya volveré por ella.

SEGUNDA PARTE.

IV.

El amor, se há dicho, no nace de pronto, necesita tiempo para brotar, crecer y desarrollarse; ¡ah! ¿por qué? vosotros que pensais de ese modo ¿habeis amado alguna vez?

¿Creo que no!

El amor no es la ciencia que se aprende, es la inspiración que acude por sí sola; no es el fuego tranquilo del hogar que se enciende poco á poco, es el rayo que incendia de pronto una selva; no es el hombre que lentamente hace conocimiento con otro, grabando en su memoria sus facciones, su voz y sus ademanes; es la madre que reconoce á su hijo después de una larga ausencia bajo los harapos del peregrino, la seda del rico y el oro del magnate.

El amor, no es un canto, es un grito; no es un aprendizaje, es una adivinación; no es una claridad tibia, es un rayo de sol; no es un calor templado, es una llama violenta.

¡Pobre amor! ¿desde cuándo eres tan débil que necesitas del auxilio de la costumbre como un niño de la nodriza hasta que corre por sí solo?

Todo lo grande, todo lo hermoso, todo lo bueno obra de pronto, movido por la inmensidad de su propia fuerza, por la necesidad de su ardiente organizacion.

La mar está tranquila, pero necesita agitarse; la tempestad brota en un segundo; pasa un minuto; ¿es esta mar aquella? ¡ay no! El cielo era azul y es negro; las estrellas brillaban y ahora están ocultas; las aguas dormían y parecen montes encrespados; el viento callaba y ahora silba; ¿no es esto así?

Un alma está serena, duerme, calla; pero la hora llega en que le es necesario moverse.

Pasa un minuto, ¿es esta alma aquella? ¡ay no! Su serenidad es borrasca, su sueño ha huido, su silencio tambien.

¿Qué fué lo que movió la mar serena?

Un soplo de viento.

¿Qué fué lo que movió un alma tranquila?

Un soplo de amor.

¿No es verdad que las verdaderas pasiones deben nacer adultas y no niñas, fuertes y no débiles, inmensas y no pequeñas?

Clavellina era la mar serena, pero así como en la mar tambien serena pero próxima á agitarse, bullen en gérmen y en silencio los elementos de la tempestad, tambien en el alma de Clavellina, serena pero próxima á agitarse, bullian ya los elementos de la borrasca.

Pasaron los dias y las noches; un recuerdo vivia eterno en su memoria, un sentimiento se animaba en su alma: amaba al caballero que la vió junto al arroyo mientras lavaba, al caballero que la habló con voz vibrante, al caballero que era tan gallardo, al caballero que tenía un aire tan magestuoso montado en su alazan, al caballero que la habia dado un beso en la mano al despedirse.

¡Pobre Clavellina! ya eres otra, ¿no es cierto? Tú lloras ocultando tus lágrimas de tu abuela; antes al llorar la buscabas para que te consolara; tú tienes ensueños inquietos; cuando antes soñabas, á la mañana siguiente contabas tu sueño á tu abuela y las dos os reiais de él.

Pero no sientas lo que te sucede: cuando seas una viejecita doblada por los años y tengas el pelo blanco recordarás cuanto ahora te pasa con un suspiro de pena. No te angusties tanto, que el estado en que te encuentras tiene sus dulzuras; tu espíritu está cantando un himno; ¡calla! ¡escucha! ¿qué dice ese himno?

“Amor, amor, amor.”

¿Qué sombra es aquella que corre, corre, corre

por aquellos campos? Parece un pájaro que hiende el aire, una flecha en cuyo extremo va la muerte á sorprender la vida; ¿es algo de esto? no. Un caballo negro con las crines esparcidas, la nariz humeante y la cola flotando, hiere con su casco duro la tierra levantando polvo.

Sobre el caballo un gínete sostiene en sus brazos una niña.

Es Quiebra-miembros que sostiene á Clavellina.

Clavellina lavaba en el arroyo; un hombre está oculto tras el tronco de un álamo; de pronto se adelanta y oprime su cintura con sus brazos, ella pierde el sentido, monta él con ella en un caballo negro:

¡Alá!...

¿No os parece que Quiebra-miembros no conocia á Clavellina? Clavellina le amaba; ahora le vá á odiar. Verdad es que ella es una niña, pero un ultrage se siente con el corazon y no con el entendimiento y el corazon siente mas cuanto mayor es su juventud.

Efectivamente, Clavellina perdió el sentido al sentirse suspender por los robustos brazos de su amante. Media hora permaneció desmayada; la noche se acercaba; una brisa fresca azotaba su rostro, el galope del caballo era cada vez mas rápido, poco á poco volvió en sí.

Quiebra-miembros paró el caballo, bajó de él con Clavellina y la sentó sobre la yerba; ya estaba lejos del pueblo: era de noche.

(Se continuará.)

Juan Alonso y Egullaz

SONETO.

Graciosa, y pura, y en extremo bella,
Una inocente niña idolatrada,
Con dulce voz cantando enamorada
La verde alfombra de los prados huella.

De inmundos cuervos la gentil doncella
Ve con honda inquietud nube pausada,
¡Triste presagio! dice, huye turbada
Y por correr las flores atropella.

De pronto siente varonil acento
Detrás de sí, confusa y temerosa:
Un grito lanza, vuélvese anhelante,

Y entonces ¡oh! recobra su contento
Y esclamando feliz: ¡suerte dichosa!
Tiembla de gozo en brazos de su amante.

Julio de Egullaz.

Días pasados se nos remitió, dentro de una carta anónima, una poesía para que la insertáramos en nuestro periódico.

Así lo hacemos con muchísimo gusto.

Suplicamos no obstante á su autor, si alguna vez se digna honrarnos, como nos ha prometido, con otras composiciones suyas, no nos prive de la satisfacción de conocer su nombre.

César de Egullaz.

A BLANCA.

Sonando que amorosa compartias

Mi pasión firme, franca,

Estas palabras plácida me oías,

Segun soñaba, Blanca:

—“Por el ancho sendero que pisamos

¿A dónde llegaremos?

Si los dos hondamente nos amamos...

Adelante ¡marchemos!

“Avancemos mas, mas! siga la planta

Hasta el término fijo...

Si los dos nos amamos, qué te espanta,

Amiga, no colijo.

¿Temes, por la emoción estremecida,

Vivir solo una aurora?

Tu frágil vida en mi alentada vida

Savía hallará, señora.

“¿Huyes la lid de indómitas pasiones

Que encanta y envenena?

Ya es tarde... Remachados eslabones

Forman nuestra cadena.

“Inútil es tu esfuerzo: Dios enciende

Este fuego en un alma;

¿Sabes cómo del alma se desprende?

Si la muerte lo calma.

—“Ama y goza,” el azar le dice á uno,

Y su senda florece;

Y á otro le dice: con tu amor aduno

Dolor, ama y padece!”

“Pero el que amando goza y el que gime

Amando con delirio,

Ambos tienen que amar... ¿Es gloria, dime,

Nuestro amor ó martirio?

“Gloria será suprema, si amorosa

Esclamas: “Vamos, sea.”

Aunque espinas circuyen á la rosa

Al que hiere recrea.

“Tímida ó casta irresoluta cejas

O te detienes cauta...

¿Quién sabe si á tí misma te aconsejas

Con el error por pauta?

“¿Temes que los suspiros abrasados,

Del alma desprendidos,

En éstasis de dichas regalados

Se truequen en gemidos?

“¿Temes que el ¡ay! que la ventura arranca

A dos almas fundidas,

En ¡ay! de duelo se convierta?... Blanca,

Lo porvenir no midas.

“Goza hoy sin meditar, lanza indolente

Tu barquilla, navega:

¿Qué temes si al ignoto continente

Con mi barquilla llega?

“¿Quieres torcer el curso de la vida

Y cambiar su destino?

¿Tras el placer con huella no sentida

El dolor va vecino?

“Gocemos hoy: ¿con lágrimas de acíbar

Mañana gemiremos?

De nuestro beso el perfumado almíbar

Allá recordaremos.

Por el anónimo.—César de Egullaz.

VARIEDADES.

El día 9 por la noche asistió á casa del conocido jurisconsulto D. Juan Bautista Alonso, una escogida y numerosa concurrencia con el solo objeto de oír tocar algunas piezas musicales á D. Salvador Daniel, eminente violinista español que ha logrado alcanzar un verdadero triunfo en los principales teatros de Barcelona.

Después de haber viajado por Francia y de haber recorrido algunas de las más notables poblaciones del suelo africano se restituye ahora al seno de su patria, esperando que en ella se apreciarán los muchos y costosos sacrificios que ha hecho por el arte que profesa.

En la noche á que nos referimos ejecutó con indecible maestría una romanza de Beethoven, llena de dulzura y sentimiento, una canción francesa, “el Jaque” y el “Polichinela.”

En estas dos últimas composiciones manifestó una gracia y una destreza incomparables.

No dudamos que si llega este notable artista á tocar públicamente en alguno de los teatros de la corte recogerá numerosos y merecidos laureles.

—MODAS. Tomamos del *Correo* las siguientes.

“*Trage de paseo*.—Vestido de glasé, color de café, con adornos escoceses.

Falda lisa con *quilles* ó costadillos, que los forma un rizado trasversal del mismo glasé, adornado en ambas orillas por una cinta escocesa y por un fleco, que tiene los mismos colores de la cinta, colocado de trecho en trecho

sobre el rizado. Para evitar que las *quilles* se escondan entre el plegado perdiendo su gracia, al armar la falda, se hace debajo de ellos una gruesa tabla, á fin de que queden perfectamente sentadas, y además aquella no lleva metido en la cintura lo que le sobra de largo por delante, sino cortado en el bajo, para que no se reunan muchas telas al plegado y den pesadez á la falda.

Cuerpo alto, abierto por delante, y terminado por una pequeña aldeta á lo Luis XV, que forma un poco de punta por delante y por detrás. Esta aldeta sale de la misma espalda por la parte de atrás, y el resto de ella es postizo, unido al cuerpo por una costura. En el pecho se repite el adorno de los costadillos en figura de peto, colocando la mitad del rizado en cada lado, y en el centro un jareton liso, en el cual se hacen los ojales para abotonar el cuerpo. El bajo de la aldeta lleva una cinta y un fleco todo alrededor.

Manga larga y entre ancha, recogida por algunos pliegues en la sangria para que quede ancha, y con un puño escocés, bastante ancho, para dejar pasar las tres guarniciones de encaje de la manga interior: una hombrera adornada con cinta y fleco completa la manga del vestido.

Debemos advertir que los rizados del peto y costadillos están hechos de un lado y otro en sentido inverso; es decir, que el pliegue que en el lado derecho se hace hacia arriba, debe hacerse en el izquierdo hacia abajo para que el plegado quede alto y gracioso.

Sombrero liso de crespon blanco con la copa redonda: el contorno de esta y los bordes del ala y bavolet van adornados de un bias de terciopelo escocés de tres centímetros de ancho y sobre el ala lleva otro bias mayor de terciopelo grana, guarnecido por delante de una puntilla que, sobresaliendo más que el ala, descansa en el pelo, y por detrás de otra puntilla, negra también, igual á la que guarnece el bavolet.

Una escarpela de terciopelo, figurando amapola, cuyo boton le forma un rizadito de puntilla negra, va colocada al lado derecho, con una ancha blonda al rededor, que cae en charpe sobre el hombro. Al lado contrario lleva un grupo de frutas con hojas de terciopelo grana, y en el interior del ala un rizado de puntilla blanca y negra.

Trage de baile.—Vestido de crespon color de rosa, con tres faldas adornadas al pié por una cenefa y fleco de marabú: sobre cada una de las

cenefas va colocada de trecho en trecho una flor pensamiento bastante grande repitiéndose en la falda de encima la cenefa y fleco sobre la hilera de pensamientos.

Cuerpo muy escotado con peto, una drapería terminada con cenefa igual á las faldas, forma la berta, y en medio de ellas se coloca un ramo de pensamientos.

La manga es un bullon recogido sobre el brazo por un grupo de las mismas flores, y adornado al pié por otra cenefa de marabú.

Peinado de bandós vueltos y lazo muy bajo un cordon de pensamientos forma corona sobre el peinado y moña por detrás, de la que pende un fleco igual á los que adornan el trage.

El jueves próximo pasado se estrenó en el Teatro de Novedades, á beneficio del señor Valero, el drama en tres actos, titulado, *Entre el cielo y la tierra*, del fecundo novelista D. Manuel Fernandez y Gonzalez.

Sin ser dicha produccion de primer orden considerada como obra dramática, merece sin embargo muchos elogios por lo bien escrita que está, por los armoniosos versos de que consta y en fin por algunos felices rasgos llenos de novedad y de valentia.

Se distinguieron extraordinariamente en su desempeño la señora Rodriguez y los señores Valero y Calvo, aunque aquella exageró su papel algunas veces.

Cúmplenos mencionar asimismo al señor Bermonet, el cual ejecutó el suyo de una manera satisfactoria.

El público recibió este drama favorablemente y llamó á su autor al palco escénico terminada que fué la representacion.

El señor Molberg tocó enseguida en el Xilordeon, una bella fantasía y fué sumamente aplaudido.

En la comedia en un acto, titulada, *Los primeros amores* estuvieron verdaderamente inspirados la señora Rodriguez y el señor Valero.

El Señor Zamora mereció también la aprobacion de los espectadores.

En nuestro próximo número se hará una extensa crítica del drama *Entre el cielo y la tierra*.

—En el teatro del Circo, se puso en escena el dia anterior el drama de D. Angel María Dacarrete, que tiene por título *Magdalena*.

La señora Lamadrid, el señor Arjona y el señor Romea, que desempeñó un papel de barba, estuvieron admirables.

—En el Real se representó el dia 9 la ópera, titulada los *Hugonotes*.

El público aplaudió en muchas ocasiones á las señoras Medori y Parepa como también al señor Echevarria.

Por las Variedades y Teatros.—César Eguilaz.

Editor, D. Mariano Ramirez.

MADRID: 1858.

IMPRENTA DE D. ZACARIAS SOLER,
Arco de Santa María, núm. 28.